

Los mexicanos no envenenaban sus flechas.
Los arqueros no usaban escudos; otros los cubrían con los suyos.

El dardo era una lanza pequeña que manejaban con la mano (Tlacohtli).

El armero se llamaba *yautlaquihuilhuique*.

El *Tlacochealcatl* era el jefe de la administración militar.

Cihuatecpam.—Plaza de San Juan, depósito de víveres.

Colpisque.—Mayordomo.

Apetacatl.—Tesorero.

Ilacatl.—A la espalda.

Cuinoaxtli.—Embajador.

Hinahuatl.—Sacrificador.

El ejército se dividía en pié de paz y en pié de guerra.

Tecuitate.—Consejo que decide la guerra.

Potcheca.—Explorador.

Tlacatecuilli.—Tambor de oro en el ataque.

Yaotsasi.—Grito de guerra.

Ixoltlela.—A punto de acometer.

Yaomachijonecalistli.—Señales de evoluciones.

Yauyahualoa.—Cercar al enemigo.

Ixcuiloti.—Retirarse.

LECCION DÉCIMACUARTA.

AGRICULTURA.

Aunque, como hemos visto, los mexicanos, así como las otras tribus que poblaron el Anáhuac, tenían predilección por la guerra, no descuidaban la agricultura.

Los toltecas la enseñaron á los chichimecas, que eran cazadores.

Los mexicanos dejaron señales de su afecto á ese arte precioso en su larga peregrinación; y aun después de vencidos por los colhuas y por los tepanecas, reducidos á las orillas del lago, que tan poco propicio era para el cultivo, inventaron la *chinampa*, gran cesto de tierra que tomaban incultivable y convertían en jardín flotante, haciéndole deslizar sobre las aguas y dando á esto una belleza y una utilidad, que con razón mereció los pomposos elogios de Clavijero.

Cuando, después de sacudir el yugo de los tepanecas, los mexicanos ampliaron su dominio, dieron mayor extensión y comunicaron mayor perfeccionamiento al cultivo.

No conociendo ni los bueyes ni el arado, se servían de sencillos y toscos instrumentos para la labranza.

Para cavar ó remover la tierra, se servían de la *coatl* ó *coa*, que es un palo con una hoja corta y ancha de metal, al extremo. Entre los mexicanos este metal

era el cobre, porque desconocian los beneficios y los usos del hierro.

Para segar y cortar, se servían de una hoz ó segur de cobre, que terminaba en un grueso anillo, donde se metía un palo para manejar tal instrumento.

Aprovechaban las aguas de los ríos y las que descendían de los montes, para sus riegos, sirviéndose de diques y de presas, con grande habilidad.

Las mujeres ayudaban á los hombres en las fatigas del campo.

Tocaba á aquellos cavar y preparar la tierra, sembrar, cubrir las plantas y segar: á las mujeres, deshojar las mazorcas y limpiar el grano. Aquellos y éstas se empleaban igualmente en escardar y desgranar.

Sus trojes ó graneros eran curiosos. Formaban un armazon de cuatro árboles altos, delgados y fuertes, de oyamel, á modo de las luminarias; colocaban, unos sobre otros, barrotes de la misma madera, tan bien ajustados y unidos como si fueran paredes de una pieza, y así subía aquel cajon, larguísimo y angosto, sin dejar más que dos huecos ó ventanillas, una en la parte inferior y otra en la superior: habia graneros que podían contener cinco mil cargas de maíz.

Hemos hablado de huertas y jardines, especialmente refiriéndonos á la grandeza de Moctezuma.

Entre los jardines, uno de los más bellos era el de Cuítlahuatzin, hermano y sucesor de Moctezuma II, y el héroe verdadero de la *Noche Triste* de los españoles.

El jardín de Huextepeec se consideraba como el más

célebre. Le atravesaba un río, y tenia en su seno preciosas plantas conducidas de pueblos remotísimos.

Los bosques, para su conservacion y cultivo, merecieron grandes atenciones de los mexicanos, y son célebres en este respecto las Ordenanzas de Netzahualcoyotl.

Cultivaban especialmente los mexicanos el maíz, el algodón, el cacao, el maguey ó metl, el chile y la chia.

El maguey era y puede considerarse como el tesoro de los pobres; sirve la penca para techos y cercados; sacan de ella pita finísima y papel, agujas de sus puas, y de su abundante jugo, vino, miel, azúcar y vinagre.

Criaban *techichis* ó perros pequeños, pavos, codornices, patos y otras especies de pájaros. Los grandes Señores tenían, además conejos y peces. Sobre todo, menciona la Historia el cultivo y la cría de cochinilla, que produce la púrpura, y ha sido por muchos años la riqueza de Oaxaca, y uno de los artículos más estimados para la exportacion. El precioso insecto que produce la grana se llama *mozli* en mexicano.

Servíanse para la caza de dardos, redes y cerbatanas, en el manejo de todo lo cual eran destrísimos.

Hacían cacerías generales, que consistían en preparar un cerco inmenso donde hacían fuego, é iban estrechándolo de manera que la caza se refugiase en un círculo reducido, asegurado con lazos y redes. Encerradas en él las piezas de caza, se precipitaban los cazadores sobre los animales, haciéndose espantosa mortandad, y cayendo muchos vivos.

Entre otros lugares que servían para la caza, se hizo famoso el llano del *Cazadero*, punto donde uno de los primeros vireyes presenci6 la célebre correría que acabo de pintar.

Además de los modos ordinarios de cazar, menciono otro Clavijero, de que os voy á dar cuenta.

Para cazar monos, hacían fuego en un bosque, y colocaban bien al centro de la lumbrada una piedra llamada *Cacalotl* [*piedra negra ó del cuervo*], que reventaba con estrépito cuando se calienta. Los monos acudían, así como las monas, con sus chicuelos en brazos. Al reventar las piedras huían monos y monas despavoridos, dejando los monitos á merced de los cazadores.

Para cazar los patos, dejaban en todos tiempos flotar en los lagos grandes calabazas para que se acostumbrasen á su vista y contacto.

Cuando cazaban, ahuecaban un calabazo, metían en él la cabeza, dejando por donde respirar, y cubiertos con el agua iban cogiendo á los patos de los piés y ahogándolos.

En cuanto á la persecucion de los animales por la pista, hasta hoy es célebre el tino y la perspicacia de los indios.

Viviendo los mexicanos muchos años á las orillas del lago y en la situacion más miserable, de éste tuvieron que sacar su subsistencia y explotarlo de cuantas maneras les fué posible: de ahí viene el aprovechamiento de las plantas acuáticas, los insectos, y aun las suciedades de las aguas. Servíanse de las re-

des, el anzuelo, una especie de arpon, y otros instrumentos para llenar su objeto.

Pescaban los cocodrilos, ya lazándolos, ya animándoles para que les acometiesen: lanzábase al pescador el animal furioso con sus terribles mandíbulas abiertas; el diestro nadador le introducía un palo que le trababa hasta la garganta, y así se apoderaba de su presa, no sin riesgo inminente de su vida.

Hablemos ahora, con el detenimiento que nos sea posible, del mercado, y me valdré para ello de lo que tengo escrito en una obra que aún no ve la luz pública, y que está dedicada á otro género de estudio para la juventud.

Dice así Hernan Cortés:

“Tiene (México) otra plaza tan grande como dos veces la de Salamanca, toda rodeada de portales al rededor, donde hay cotidianamente arriba de sesenta mil ánimas, comprando y vendiendo todos los géneros de mercaderías que en todas las tierras se hallan, así de mantenimientos como de vituallas, joyas de oro y de plata, de plomo, de laton, de cobre, de estaño, de piedras, de huesos, de conchas, de caracoles y de plumas, vendiéndose piedra labrada y por labrar, adobes, ladrillos, madera labrada y por labrar de diversas maneras. Hay calle de caza donde venden todos los linajes de aves que hay en la tierra, así como gallinas, perdices, codornices, zorzales, zarquetas, tórtolas, palomas, pajaritos en canuela, papagayos, águilas, falcones, gavilanes y cernícalos, y de alguna de estas de rapiña: venden los

“ cueros con sus plumas, y cabezas, y picos y uñas.
 “ Venden conejos, liebres, venados y perros pequeños
 “ que crían para comer, castrados.

“ Hay calle de arbolarios, donde hay todas las raíces y cosas medicinales que en la tierra se hallan.
 “ Hay casas como de boticarios donde se venden las
 “ medicinas hechas, así potables como unguentos y
 “ emplastos.

“ Hay casas como de barberos, donde lavan y rapan
 “ las cabezas: hay casas donde comen y beben por
 “ precio.

“ Hay hombres como los que llaman en Castilla ganapanes, para traer cargas. Hay mucha leña, carbon, braseros de barro, y esteras de muchas maneras para camas, y otras más delgadas para asiento y para esteras, salas y cámaras.

“ Hay todas las maneras de verdura que se fallan, especialmente cebollas, puerros, ajos, mastuerzos, berros, borrajas, acederas y cardos y tagarninas.

“ Hay frutas de muchas maneras en que hay cerezas (capulines) y ciruelas que son semejantes á las de España. Venden miel de abejas, y cera y miel de caña de maíz que son tan melosas y dulces como las de azúcar, y miel de unas plantas que llaman en las otras y éstas *maguey* que es muy mejor que el arrope, y de estas plantas fazen azúcar y vino que así mismo venden. Hay á vender muchas maneras de filados de algodón de todos colores en sus madejicas, que parece muy propiamente alcaicería de Granada en las sedas, aunque esto otro es mu-

“ cho mayor cantidad. Venden colores para pintores, cuantos se pueden hallar en España y de tan excelentes matices cuanto pueden ser. Venden cueros de venado con pelo y sin él, teñidos y blancos y de diversos colores. Venden mucha loza, en gran manera muy buena: venden muchas vasijas de tinajas grandes y pequeñas, jarros, ollas, ladrillos y otras infinitas maneras de vasijas, todas de singular barro; todas ó las más vidriadas y pintadas. Venden maíz en grano y en pan, lo cual hace mucha ventaja así en el grano como en el sabor á todo lo de las otras islas y tierra firme. Venden pasteles de aves y empanadas de pescados. Venden mucho pescado fresco y salado, y cocido y guisado. Venden huevos de gallina y de ánsares y de todas otras aves que he dicho, en gran cantidad; venden tortillas de huevos fechas; finalmente, en los dichos mercados venden cuantas cosas se hallan en toda la tierra, que además de las que he dicho son tantas y distintas calidades, que por la prolijidad y no me ocurrir tantas á la memoria, y aun por no saber poner sus nombres no la expreso. Cada género de mercadería se vende en su calle sin que entrometan otra mercadería ninguna y en esto mucha órden. Todo lo venden por cuenta y medida, ecepto que fasta agora, no se ha oído cosa alguna por peso. Hay en esta gran plaza una muy buena casa como de audiencia, donde están siempre sentados diez ó doce personas, que son jueces y libran todos los casos y cosas que en el dicho mercado acaecen y mandan castigar los delincuentes. Hay en

“la dicha plaza otras personas que andan continuo
“entre la gente, mirando lo que se vende y las me-
“didias con que miden lo que se vende y se ha visto
“quebrar alguna porque estaba falsa.”

La descripcion anterior es lo que he encontrado en conjunto de más auténtico en cuanto á producciones de la tierra y el trabajo: por lo mismo la presento á mis discípulos como tema de nuestras reflexiones, permitiéndome adiccionarla con algunas noticias contenidas en Prescott y tomadas con el mejor discernimiento de algunos escritores de nuestra historia antigua.

Dice en la página 379, traduccion del Sr. González de la Vega:

“Habia tambien hachas de cobre ligado con estaño,
“sustituto, y segun habia acreditado la experiencia,
“no muy malo, del hierro. Allí encontraba el solda-
“do todos los utensilios de su profesion. El casco que
“figuraba la cabeza de un animal feroz, mostrando
“sus hileras de dientes, y su erizada cresta teñida con
“el rico colorido de la cochinilla, el escapuil ó justi-
“llo de algodón, la rica cota de plumas y armas de
“toda especie, lanzas y saetas con puntas de cobre y
“el ancho *maquahuill*, la espada mexicana, con sus
“afiladas hojas de *itzli*.”

“En otros lugares, continúa Prescott, vendíanse li-
“bros en blanco ó mapas, para la escrito-pintura je-
“roglífica, recogidos como abanicos y hechos de algo-
“don, pieles y más comunmente de hilo de maguey,
“el papius azteca.”

Despues de hablar de las fondas de que hace men-
cion Cortés, añade:

“Juntamente con eso vendíanse bebidas frescas y
“estimulantes; el espumoso chocolate con su delicado
“aroma de vainilla, y el embriagante pulque, el jugo
“fermentado del alú. Todos estos efectos y cada pue-
“to y pórtico, estaban adornados, ó más bien carga-
“dos de flores, mostrando, aunque en mayor escala,
“un gusto semejante al que hoy se manifiesta en los
“mercados de la moderna México.”

En la página 381, tomo 1º, dice:

“El azteca habia llegado á un término medio; de
“manera que era tan superior á las rudas razas del
“Nuevo Mundo como inferior á las naciones cultas
“del antiguo.”

Y más adelante:

“Los contratos se hacian algunas veces por cam-
“bios, pero más comunmente con la moneda del país,
“que consistia en pedazos de estaño con una cifra
“estampada, semejante á la T; en saquillos de cacao,
“cuyo valor se regulaba por su tamaño, y finalmente
“en cañones de pluma llenos de polvo de oro. Este
“metal parece que era parte de la moneda corriente
“en ambos hemisferios. Es singular que los aztecas
“no hubieran tenido conocimiento de los pesos y ba-
“lanzas. La cantidad se determinaba por número y
“medida.”

Segun el padre Torquemada, al mercado de Tlal-
telolco acudian los productos de todo lo que ahora

llamamos la República, ampliando lo que expresa Prescott en sus referencias á este punto.

El escritor americano dice que se encontraban en aquel mercado gentes de todas partes, pero sólo puntualiza las de las cercanías de la capital. Veámoslo:

“Venian, dice, (pág. 378) los plateros de Azcapo-
zalco, los alfareros y joyeros de Cholula, los pinto-
res de Texcoco, los canteros de Tenayucan, los
monteros de Jilotepece, los pescadores de Custla-
huac, los fruteros de Tierra-Caliente, los fabrican-
tes de sillas y estereras de Cuautitlan y los floristas
de Xochimilco.”

Torquemada, hablando del incendio del templo que estaba en el centro del mercado, ejecutado por los españoles, dice:

“Tlaltelolco era entonces lugar muy espacioso y
mucho más de lo que ahora es, que era el mercado
general de toda esta tierra de la Nueva España, al
cual venian á tratar gente de toda ella, donde se
vendian y compraban cuantas cosas hay en toda es-
ta tierra y reinos de Quautemallan y Jalisco, cosa
cierto mucho de ver.”

Puntualiza Torquemada de esta manera la industria del algodón:

“La más rica mercadería es mantas, y de éstas mu-
chas diferentes son de algodón, unas más delgadas
que otras, blancas, negras y de otros colores; unas
grandes, otras pequeñas; unas para cama damasca-
das, riquísimas, muy de ver; otras para capas, otras
para colgar, otras para calzones, camisas, sábanas,

“tocas, manteles, pañizuelos y otras muchas cosas;
“téjense las mantas ricas con colores, y aun algunas
“después de la llegada de los castellanos, con hilo de
“oro y seda de varios matices: las que venden labra-
“das tienen la labor hecha de pelo de conejo y de
“plumas de aves muy menudas, cosa cierto de admi-
“rar. Vendíanse también mantas para invierno, he-
“chas de pluma, ó por mejor decir, de flueco de la
“pluma; unas blancas y otras negras, y otras de di-
“versos colores: son muy blandas y dan mucho calor:
“parecen bien, aunque sea en la cama de cualquier
“señor. Venden hilado de pelos de conejo, telas de
“algodon, hilaza, madejas blancas y teñidas.”

Aunque se refiere lo anterior indudablemente á algunos años posteriores á la conquista, da idea de la importancia de la industria algodonera entre los indios, tan abandonada ó perseguida después por los españoles.

Gomara, describiendo el mercado con sabrosos detalles, se expresa así:

“Lo más lindo de la plaza, son las obras de oro y
“pluma de que contrahacen cualquiera cosa y color,
“y son los indios tan ingeniosos oficiales de esto, que
“hacen de pluma una mariposa, un animal, un árbol,
“una roca; las flores, las yerbas y las peñas tan al
“propio, que parecen lo mismo que si estuviera vivo
“y natural, y acontéceles no comer en todo un dia,
“quitando y asentando la pluma, y mirando á una
“parte y á otra al sol, á la sombra y á la vislumbre
“por ver si dice mejor á pelo, contrapelo, ó al través

“ del haz ó del envés, y en fin, no la dejan de las ma-
 “ nos hasta ponerla en toda perfeccion: tanto sufri-
 “ miento, pocas naciones lo tienen, mayormente don-
 “ de hay cólera como en la nuestra. El oficio más pri-
 “ moroso y artificioso es el de platero, y así sacan al
 “ mercado cosas bien labradas con piedras y fundidas
 “ en fuego, un plato ochavado el un cuarto de oro y
 “ el otro de plata, *no soldado sino fundido*, y en la fun-
 “ dicion pegado: hacen una caldera que sacan con su
 “ asa, como acá una campana; pero suelta; un pece
 “ con una escama de plata y otra de oro, aunque ten-
 “ gan muchas; vacian un papagayo que se le anda la
 “ lengua, que se le menee la cabeza y las alas muy al
 “ natural: funden una mona que juegue piés y cabeza,
 “ y tenga en las manos un huso que parece que hila,
 “ ó una manzana que parece que come: esto tuvieron
 “ á mucho los españoles, y los plateros de España no
 “ alcanzan el primor.”

Y continuando en la página 233:

“ No es de olvidar la mucha cantidad y diferencias
 “ que venden de colores que acá tenemos y de otros
 “ muchos y buenos de que carecemos, y ellos hacen
 “ de hojas de rosas, flores, frutas, raíces, cortezas, pie-
 “ dras, maderas y otras cosas que no se pueden tener
 “ en la memoria.

“ Hay aceite de *chiam*, simiente que unos la com-
 “ paran á la mostaza y otros á la *zaragatona*, con que
 “ untan las pinturas porque no las dañe el agua.”

Por diminutas estas relaciones, por sencillo que sea
 el decir del conquistador y de los historiadores que

citamos, y á los que no añado otros, temeroso de que lo
 que quiero comunicar de exactitud al cuadro lo haga
 degenerar en monótono y cansado, siempre con estos
 fragmentos puede construir la imaginacion la inmen-
 sa plaza con sus amplios portales, su templo soberbio
 en el centro, y en uno de sus lados la sala de los
 jueces.

Véanse las limpias y anchas calles del mercado en
 simétrica proporción, brindando al gusto y los senti-
 dos las ricas producciones de nuestro suelo y los pri-
 mores de las artes.

Bajo nuestro lindo cielo, á su luz que alegra y co-
 munica pompa de fiesta á todo espectáculo como el
 que describimos, vése ostentándose la caza variadísi-
 ma y las aves, los frutos y los primores de la indus-
 tria en oro y en joyas, en túnicas y capas, recuerdo
 de la elávide romana; en viandas y en bebidas, todo
 entre arcos y ramos de flores que daban á los aires
 sus perfumes.....

Con razon en los cuadros de los historiadores se
 percibe el asombro, trasciende la voluptuosidad de
 contemplacion tan inesperada y la exageracion que
 con frecuencia usurpa á la verdad sus fueros, sin po-
 derse muchas veces distinguir los matices de la leyen-
 da, de las tintas enérgicas de que se ha tenido que
 servir la historia.

El Sr. D. Manuel Orozco y Berra, en su precioso
 Diccionario de Geografía y Estadística, hablando de
 la moneda de los mexicanos, se expresa así:

“ El comercio no sólo se hacia por medio de cam-

“bios, como dicen algunos autores, sino tambien por
 “compra y venta. Tenian cinco clases de moneda co-
 “rriente, aunque ninguna acuñada, y que les servia
 “de precio para comprar lo que querian. La primera
 “era una especie de cacao, diferente del que les ser-
 “via para sus bebidas, y que giraba sin cesar entre
 “las manos de los traficantes, como la moneda de co-
 “bre ó la plata menuda entre nosotros. Contaban el
 “cacao por *jiquipilli*, que como ya hemos dicho, valia
 “ocho mil; y para ahorrarse el trabajo de contar
 “cuando la mercancía era de gran valor, calculaban
 “por sacos, estimando cada uno de ellos en valor de
 “tres *jiquipillis* ó veinticuatro mil almendras. La se-
 “gunda especie de moneda consistia en unos pedacitos
 “de tela de algodón que llamaban *patolcuahlli*, y que
 “casi únicamente servian para comprar los renglones
 “de precisa necesidad. La tercera era el oro en gra-
 “no contenido en plumas de ánade, las cuales por su
 “transparencia dejaban ver el precioso metal que con-
 “tenian, y segun su grueso era de mayor ó menor
 “precio. La cuarta, que más se aproximaba á la mo-
 “neda acuñada, consistia en unos pedazos de cobre
 “en figura de T, y sólo servian para los objetos de
 “poco valor. La quinta, de que hace mencion Cortés
 “en sus cartas, eran unos pedazos de estaño.

“Vendíanse y permutábanse las mercancías por nú-
 “mero y por medida; pero no sabemos que se sirvie-
 “sen de peso, ó porque lo creyesen expuesto á frau-
 “des, como lo dicen algunos escritores, ó porque no
 “lo juzgasen necesario, como afirman otros, ó porque

“si lo usaban en efecto, no llegó á noticia de los es-
 “pañoles.”

LECCION DÉCIMAQUINTA.

Lengua mexicana.—Oratoria y poesía.—Teatro.—Música.—Baile.
 —Juegos.—Pintura.—Caracteres numéricos.—Escultura.—Fun-
 dición y mosaico.

La lengua mexicana era la propia y natural de los
 acolhuas y de los aztecas, toltecas, y de toda la fami-
 lia.

Carece totalmente de las consonantes *b, d, f, g, r* y
s: abundan en ella la *c, x*, la *t* y la *z*, así como los so-
 nidos compuestos *tl, tz*. Hay poquísimas palabras agu-
 das: casi todas las palabras tienen la penúltima sílaba
 larga. Sus aspiraciones son suaves, y ninguna de ellas
 es nasal.

A pesar de la falta de consonantes que hemos men-
 cionado, es idioma rico, culto y expresivo, aunque no
 al punto, como han pretendido algunos admiradores
 entusiastas, de ser superior á otros idiomas cultos.

Faltan á la lengua mexicana los superlativos y com-
 parativos; pero suplen esta falta con partículas de que
 se sirven diestramente.

Los verbos tambien se adicionan y varian, hacien-
 do su uso abundante y expresivo: por ejemplo *chihua*
 significa hacer; *chichihua*, hacer de prisa; *chichilea*, ha-
 cer á otro; *chihuallia*, mandar hacer; *chihuathu*, ir á
 hacer.

Hay voces en el idioma mexicano, que empleadas